

# «M'exalta el nou i m'enamora el vell»

Esteban Padrós de Palacios



## Un camino, una ayuda

Para mí, J. V. Foix ha sido, es, un poeta excepcional. Desde mis años de universitario, he seguido con auténtica pasión el desarrollo, lento y seguro, de su obra. Con pasión, es decir, con instantes de una identificación total y otros más distanciados, incluso críticos. Pero, para mí, Foix ha sido también un tipo que señaló mi iniciación en el campo de la cultura y el arte. En mi áspera juventud, participé en las tertulias domingueras de Ribá y Foix. En la primera, hallaba una masa de cultura que, confieso, no estaba a mi alcance — que justo ahora empieza a estarlo—. En la de Foix, hallaba un mundo, no sé, más terrenal y luminoso. Con Foix llegué a tener un trato directo, casi familiar. Entre las cosas que me confió, figura un viejo ejemplar de Gertrudis dedicado a su mujer, *l'anti-Gertrudis, victoriosa*. ¡Qué fajo de sugerencias tiene, la dedicatoria, para quienes intenten aproximarse al hombre y el poeta! Tanto como su obra, me ayudó, su trato, a ahondar en los pozos de la creación. Un verano me invitó, como antes había invitado a Tàpies, a Brossa y a Albert Manent, a pasar unos días en su refugio del Port de la Selva. Y, desde el Port, hicimos excursiones a Cadaqués, a Sant Pere de Roda, a... Una noche, paseando por la bahía enlunada y trasparente del Port, vimos, deshinchada, la mano roja de un guante de los que se utilizan en la limpieza, o en ciertos tejemanajes mecánicos, posada sobre uno de los árboles de algas que poblaban el fondo marino, siempre fijo y cambiante. ¡Qué visión a la manière de un Tanguy o un Miró! Ante el hallazgo, Foix desarrolló toda una teoría sobre el azar y la inteligencia. Y entendí, de golpe, lo que era su realismo. Como lo entendí cuando, en playas aún domésticas, buscábamos piedras en las que descubría la sorpresa incitante de una forma que era, a la vez, real y abstracta, espontánea e intelectual. Eterna. ■

Joaquim Molas

Parece ser que se impone el triunfo de lo abstracto sobre lo concreto. Cuanto menos dueño de sí es el hombre, más habla de libertad. La política deja de ser un medio posibilista y pragmático, para convertirse en una utopía alienante en la que se depositan todas las esperanzas de una felicidad alucinada. No puede extrañarnos, pues, que cuando tanto se habla de catalanidad se olvide el nombre y la obra de ilustres y concretos catalanes. De hombres que dan un contenido intelectual, lingüístico y culto a nuestro país, y con ello la fisonomía de una nacionalidad y los vínculos para un diálogo creador. Exacerbados por el futuro, pantalla de proyección de tantos sueños, en lugar de integrar, signo de madurez, rompemos. Como si del árbol sin raíces pudiera brotar un fruto mejor.

Creo que al hablar de la sorprendente riqueza literaria de Catalunya en los últimos cien años, es inevitable resaltar todo el significado y valor de la obra de J. V. Foix. Poeta y prosista que de forma singular muestra que la tradición implica progreso. La tradición, en efecto, es un «dar más allá». Supone un desenvolvimiento temporal que va asumiendo todos los significados permanentes de este recorrido. Y si el progreso es, como dice Lain Entralgo, «pasar quedando», resulta que tradición y progreso, lejos de ser antónimos, son verdaderos sinónimos. La tradición es la experiencia de un pueblo. Una época que rompe con ella, señala la presencia de tiempos adolescentes y aún quizá pueriles.

El lenguaje de Foix asume y revitaliza toda la tradición idiomática del catalán en su manifestación más pura. Su entronque con los clásicos, desde Ramón Llull a Ausiàs March, es patente. Pero hace aún más. Su dominio inapelable de la lengua, le lleva a una elaboración personal que soslaya la erudita imitación para alcanzar una

sorprendente y revolucionaria recreación. El temple idiomático de su genuino catalán es el vehículo adecuado para inaugurar y plasmar un tipo de poesía que en sus conceptos y estética representan la incorporación de unas formas que siendo vitalmente autóctonas se incorporan, plétoicas, a la lírica universal.

Vemos, pues, en J. V. Foix esta sólida raíz tradicional que fija lo adquirido y asegura un terreno consistente capaz de soportar un poderoso impulso hacia adelante. Aparece así el investigador en poesía, como él mismo se define. Este investigador capaz de explorar, con el hilo de Ariadna de su sólido trasfondo clásico, todos los caminos del vanguardismo sin extraviarse jamás. Por eso el vanguardismo de Foix no tiene la efímera temporalidad de las modas, sino que permanece adscrito al acervo de la historia de la literatura.

¿Estilista, surrealista, simbolista?... Algo de todo ello, pero sólo como medio. Todo «ismo» concluye una restricción sectaria como sacrificio teórico a una escuela determinada. Todo «ismo» es una mutilación. Por eso el término surrealismo, con el que más definirle se le ha encasillado, resulta falaz. Si la oscuridad del surrealismo consiste en su forma automática de des-carnar el yo, la oscuridad aparente de Foix consiste, más bien, en un púdico y clásico afán de ocultarlo. Incluso las motivaciones románticas que asaltan o inspiran al autor son siempre atenuadas por restricciones irónicas o intelectuales con las que interfiere y atenúa toda expansión sentimental. La reflexión canaliza de continuo la evidente hiperestesia del autor ante la realidad. Cierto que Foix, exaltado por la sensibilidad, se complace en singulares abstracciones y analogías, pero tales metamorfosis vienen encauzadas por una intencionalidad artística e intelectual.



Foix, con la señora Ventalló, en Port de la Selva (1950) el rincón donde el poeta halló refugio.